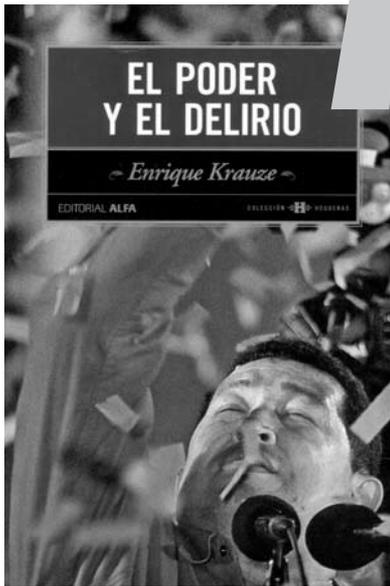


El poder y el delirio

Manuel Zapata, s.j.*



El poder y el delirio

Enrique Krauze

Editorial Alfa, Colección Hogueras,
1ª edición, Caracas, 2008: 373 pp.

A escasos meses de su presentación en Venezuela, *El poder y el delirio* se está convirtiendo en un texto de referencia obligada para comprender la historia venezolana reciente. Siendo su autor un extranjero, es innegable el esfuerzo realizado por acercarse a nuestra realidad. Por ello, además de los obligados libros de historia de Venezuela que leyó, tuvo la oportunidad de entrevistar a testigos políticos de excepción, tanto del oficialismo como de la oposición.

El poder y el delirio es un retrato no sólo personal, sino ideológico y político del presidente Chávez. Apunta a un reconocimiento de su figura y a un desmontaje de sus verdaderas pretensiones en el ejercicio del poder. Escrito a la luz de un género denominado historia del presente, el libro combina a la vez variados recursos: la narración, el ensayo, la entrevista, la historia, la crónica, la biografía, entre otros.

En esta obra Enrique Krauze ha reconstruido la historia de Venezuela jugando con dos elementos clave: el fantasma de la revolución cubana y las tensiones del desarrollo de la democracia en el país. El conjuro de las intenciones revolucionarias de la guerrilla venezolana, apoyada por Fidel Castro, dejó un rezago de liderazgo de izquierda en las universidades y en algunos estamentos políticos y militares. La situación política (corrupción, clientelismo, etc.), vivida desde el primer gobierno

de CAP y aderezada con la crisis económica y social, fue interpretada, por algunos sectores de la sociedad venezolana, como una necesidad de volver al anhelado horizonte de la revolución cubana, experimentado en los sesenta. Esto es lo que capitaliza Chávez, que llega a establecer una extraordinaria fuerza política en torno a esa idea.

Rómulo Betancourt es para el autor “la figura democrática más importante del siglo XX en América Latina”. Esta consideración se debe a que luchó toda su vida por mantener un sistema democrático sólido con justicia social, libertad, honradez, lucidez, diálogo y alternabilidad política. Hasta Leoni, se podría decir, se mantuvo más o menos esta pretensión betancourtiana. Pero, ¿por qué la dirigencia política posterior a Leoni no fue fiel al modo de gerenciar el país desde el ideal que proponía Betancourt?, ¿cuál fue el error?, ¿qué valores políticos intrínsecos estaban en la mente de quienes asumieron el liderazgo nacional? El modo como posteriormente fue asumida la política es lo que dio al traste con la posibilidad de crear una democracia viva allende los logros alcanzados por el voto.

En un denodado esfuerzo nuestro autor aborda la figura de Chávez desde diferentes perspectivas: el culto a los héroes, la teología política de fondo en su forma de ejercer el poder y el sistema ideológico

que sustenta su discurso. Es bien sabido el culto del presidente a los héroes. Él mismo afirma que: “Bolívar es lo único real y hermoso que nos queda [...] tiene mucho que hacer en América Latina”. No deja duda de motivación interior: “Si el mito de Bolívar sirve para motorizar ideas y pueblos está bien”. Pero así como venera a Bolívar, hace lo propio con Fidel Castro, Pedro Pérez Delgado (Maisanta), Ezequiel Zamora, entre otros.

La teología política que sustenta este culto a los héroes pasa en Chávez por una sacralización de la historia. Así, en su mentalidad se destacan los martirologios, los días de guardar, los retablos de santos laicos, además de diferentes actos sacramentales en honor a Bolívar realizados a lo largo de toda nuestra historia política, y acompañados de desfiles, procesiones, discursos, ofrendas florales, monumentos, etc. Desde joven Chávez se entendió como el heredero de la misión de Bolívar, llamado a continuar la gesta emancipadora y a culminar la obra pendiente del Padre de la Patria.

Pero ideológicamente Chávez no es bolivariano, pero tampoco socialista ni marxista como pretendidamente se ha querido hacer ver. ¿Dónde lo ubica, entonces, Enrique Krauze? En “el árbol del fascismo” regado, en particular, por Thomas Carlyle. Chávez es seguidor de Carlyle, aunque no lo haya leído. Para Carlyle —dice Krauze— el “héroe” es como el “actor central y casi único de la historia”.

El historiador y ensayista mexicano termina su obra indicando cuál es la verdadera pretensión de Chávez: volver a establecer el sistema monárquico español, tan criticado por Bolívar. Y es que pareciera que Chávez está andando, sin dificultades, el camino de restaurar el monarquismo español. Citando al filósofo Julio Hubard, Krauze quiere expresar en qué

se parece el edificio político de la monarquía española al sistema político que ha sido orquestado por Chávez: “La Corona imparte la justicia, la Corona queda inextricablemente unida a la Iglesia, la ley civil copia y se deriva del canon eclesiástico y la propiedad pasa a ser de toda la corona. La propiedad privada es una concesión”. Sin embargo, lo que quiere dejar sentado Krauze es la enfermedad que padece Chávez: el delirio por el poder.

Como acierto, en el libro no sólo se hace una radiografía completa del presidente Chávez, sino que además se presenta un importante análisis tanto de la visión política oficialista como de la opositora. Aborda este análisis el autor desde su posición de demócrata liberal, en la que advierte ciertos peligros no sólo para Venezuela, sino también para toda América Latina. Una valoración fundamental que hace sobre la democracia venezolana es que tiene mucha vitalidad. Aún cuando pueda ser sometida a una tensión dictatorial el espíritu democrático ha sido asumido por la sociedad como algo propio y necesario. La sociedad estaría dispuesta a defenderlo, a costa de lo que sea.

Ciertamente el análisis que se hace en esta obra es desde una perspectiva bastante liberal, cosa que se deja bien claro. Pero esto significa una limitación al texto: cierta falta de equilibrio, al favorecer una visión muy contraria a la figura de Chávez y su proceso. No es que lo que se ha dicho no sea cierto, sino que podría haber sido cotejado con otros elementos que completan el rompecabezas de la política venezolana actual.

Por ejemplo, es admirable en Chávez el que haya logrado articular una serie de elementos simbólicos que lo conectan fácilmente con los sectores populares. Él es un excelente intérprete cultural que ha logrado



Enrique Krauze

capitalizar la demanda de estos sectores hacia formas de reconocimiento político, nunca antes vistas. Por otro lado, ha puesto en la población venezolana un claro reto hacia modos de organización social verdaderamente autónomos. Decimos reto porque esto está bastante lejos de concretarse, pero ciertamente hay interés y preocupación hacia esa meta y eso es bastante positivo.

Quiera que no el país ha madurado política y socialmente con Chávez. Hay mayor conciencia de país, mayor conciencia social, mayor conocimiento de la política y de los juegos del poder. En fin, el delirio del poder —hay que decirlo— ha sido también sostenido y potenciado por una masa social que se identifica con un personaje al que siente como suyo, un personaje por el que se ve representada, un personaje que habla su mismo lenguaje y que experimenta como la única garantía de mantener esa dignidad por décadas perdida. Ojalá que esto no sea interpretado como una autorización para justificar cualquier tipo de actos antidemocráticos. El fantasma de Betancourt se cierne sobre nosotros.

* Miembro del Consejo de Redacción